

EL PASO DEL OSO

Giuseppe Festa

A Sara

¡CUIDEMOS NUESTRO PLANETA!

El papel utilizado para este libro proviene de bosques gestionados sosteniblemente.
Y la energía que ha hecho posible su impresión procede exclusivamente de paneles solares.

Título original: *Il passaggio dell'orso*

Ilustración de cubierta: Gala Pont

Diseño y maquetación: Endoradissey

Escrito por Giuseppe Festa

© 2023 Book on a Tree Limited

Una historia de Book on a Tree

www.bookonatree.com

Cualquier parecido con hechos, situaciones o personas reales es pura coincidencia.

© 2023, de la traducción, Marta Gil Santacana

© de esta edición, 2023 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

ISBN: 978-84-19004-31-4

Código IBIC: YF

Depósito legal: B 2.594-2023

Primera edición: mayo de 2023

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

www.duomoediciones.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

Impreso en Grafica Veneta S.p.A., Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

EL PASO DEL OSO

Giuseppe Festa

Traducción de Marta Gil Santacana



Duomo ediciones



Novela ganadora del Premio Literario Terre del Magnifico
Libro escogido para el Premio Letteratura Ragazzi di Cento
Finalista del Festival de Pequeños Lectores de Calimera
Finalista del Premio Laura Orvieto
Finalista del Premio della Montagna Cortina d'Ampezzo
Finalista del Premio Literario Fondazione Portus
Finalista del Premio Sirmione

«*El paso del oso* es una aventura con los mejores ingredientes:
amor por la naturaleza, emoción, empatía, sabiduría y,
sobre todo, una mirada esperanzada sobre el futuro
de la condición humana. Leedla. Querréis más.»

ALEJANDRO PALOMAS

Capítulo 1

La cueva estaba fría y olía a invierno.

Una tenue luz se filtró a través de la única hendidura que se abría entre la nieve.

Koti descansaba tendida sobre un costado. Los dolores habían empezado unas horas antes, mientras el sol de enero se ocultaba tras un manto de nubes como un fruto en un campo arado.

Era su primer parto. Pero la osa, guiada por un misterioso instinto, ya había preparado cuidadosamente un acogedor lecho de hierba y hojas secas. No era para ella, sino para su pequeño. Ella se había recostado junto a aquel suave nido justo después de las primeras contracciones. Fuera, los copos de nieve se arremolinaban entre las ramas de las hayas, cubriéndolo todo de blanco. Las cumbres de la Camosciara, en cuyas laderas se escondía la cueva de la osa, estaban ya cubiertas de nieve.

La nevada más importante de los últimos años en los Abruzzos.

Uno, uno, ocho.

Uno, uno, ocho.

Sandro marcó el número por enésima vez, en vano. Poco antes se había cortado la señal, apenas había tenido tiempo de comunicar la dirección y el motivo de la llamada.

Lucia estaba en la cama, jadeando, en pleno parto. Intentaba respirar como le habían enseñado en el curso, pero no era fácil recordar nada en ese momento. No era fácil hacer nada. Con las carreteras bloqueadas por la tormenta era impensable llegar al hospital de Castel di Sangro. Tenían que arreglárselas sin médico.

El sonido del timbre recorrió toda la casa. Sandro corrió hacia la puerta y al abrir se encontró la diminuta figura de Solina, la anciana comadrona que vivía dos puertas más allá, en la misma calle. Al menos ella había llegado.

—Gracias por haber venido tan rápido —dijo Sandro presa de los nervios.

—No hay de qué. Justo estaba amasando los ñoquis cuando me has llamado. Un trabajo duro, a mi edad. Pero ya sabes... ¡mañana vienen mis nietos! Aunque quién sabe si podrán venir, con este tiempo. Si al final no vienen, os traeré algunos ñoquis, estoy haciendo muchos. Para mí son demasiados, estoy muy mayor ya y no puedo...

—Solina... Lucia está... —la interrumpió Sandro, tirándole del brazo para que entrara en casa.

—¡Ay, sí, descuida, descuida! Aquí hay un bebé con ganas de venir al mundo. Ya hablaremos de los ñoquis luego.

La mueca de dolor de Lucia se transformó en una sonrisa de súplica cuando la anciana entró en la habitación. Solina se acercó a la cama y le puso una mano en la frente, luego colocó la palma de la mano abierta sobre la barriga.

—¿De cuánto estás? —le preguntó Solina.

—De ocho meses y medio. Se ha... Se ha adelantado —respondió Lucia jadeando.

—Los que se adelantan suelen ser los más fuertes —sentenció la comadrona.

Lucia reprimió un grito.

—Tengo miedo, Solina. Justo tenía que pasar hoy, que está todo bloqueado.

—¿Miedo de qué? En mis tiempos ayudé a venir al mundo a media Villetta Barrea, ¿lo sabías? Sí, ya sé, estoy un poco oxidada porque desde que se construyó el hospital todo el mundo va allí, pero eso es algo que no se olvida. Lo mismo ocurre con los ñoquis, solo hay que recordar los ingredientes y...

—Ejem... —Sandro interrumpió las divagaciones de Solina.

—Sandrino, ve a buscar un poco de agua caliente, una cazuela grande y un poco de harina.

—¿Harina?

—Harina, harina. Si no me enharino las manos, me sudarán y a tu hijo nos lo vamos a encontrar en la calle.

Sandro salió disparado de la habitación.

—¡Ah, y toallas, por favor! —gritó la comadrona—. Y un vaso de agua para mí que he venido corriendo como una loca.

Justo en ese momento un apagón dejó la casa sin luz. Y también la calle.

El pueblo quedó sumido en la oscuridad.

El último resquicio de luz desapareció en la entrada de la cueva, engullido por la nieve.

Koti respiraba con dificultad. Estaba cansada, cansadísima. El esfuerzo había sido mayúsculo, mayor de lo que esperaba. Le faltaba el aliento.

Sentía el cachorro moverse con torpeza a su lado. Su cachorro, su Suuri. Solo hacía unos minutos que acababa de nacer y mamá osa empezó a lamerlo con brío, mientras el pequeño temblaba de frío y comprimía los párpados cerrados buscando orientarse en aquel nuevo mundo, tan distinto al vientre de su madre y aun así tan oscuro.

Empujándolo con el hocico, Koti lo acercó a la mama repleta de leche. El pequeño se enganchó rápido, voraz.

De repente, otra contracción.

Aún no había terminado.

Velas para el dormitorio, una linterna para ir a la cocina, agua caliente y ¿qué más? Ah, sí, harina.

Sandro llevó a Solina todo lo que necesitaba, corriendo de un lado para otro a toda prisa, de la cama a la cocina y viceversa.

Estaba nervioso. La vida de su mujer y la de su hijo estaban en manos de una viejecita embadurnada de harina que no había ayudado a traer un bebé al mundo desde hacía al menos

treinta años. Esperaba con todas sus fuerzas que la operadora del 118 hubiera entendido por lo menos la dirección. Eso suponiendo que en medio de esa ventisca la ambulancia consiguiera salir.

De repente, se oyó un grito. Sandro pegó un salto y el recipiente de agua hirviendo que tenía entre las manos cayó al suelo. Salió disparado hacia el dormitorio justo en el momento en que Solina daba un cachete en las nalgas moradas del recién nacido.

Ahí estaba su hijo. Pero algo no iba bien.

—Ha nacido... pero no quiere llorar —refunfuñó la vieja.

Presa del pánico, Sandro miró a su mujer. Parecía inconsciente. La comadrona cortó el cordón umbilical. Sandro se acercó al pequeñín, con el rostro descompuesto y pálido como un tronco de haya bajo la luna.

Otro cachete, dos, tres.

Y finalmente una reacción, y un llanto ensordecedor.

Lucia entreabrió los ojos mientras Solina le ofrecía el bebé al padre. Emocionado, Sandro mostró el niño, envuelto en una toalla calentita, a Lucia. No consiguió abrir la boca. Las palabras no eran su fuerte. Pero tenía los ojos empañados de lágrimas.

—Luca... —susurró Lucia, acariciando la mejilla al pequeño. Lo cogió con dulzura y se lo puso en el pecho. Luego empezó a llorar. Y a reír. Y a llorar de nuevo, todo a la vez.

—¡Hola! —Una voz desconocida resonó en la entrada—. ¿Hay alguien ahí? ¿Es aquí donde esperan un bebé? —Era el médico de urgencias.

Solina chasqueó los labios, satisfecha.

—Problema solucionado. Si no les importa, les dejo, que tengo el ragú en el fuego.

Los gemidos de Karhu resonaron en la cueva.

El segundo cachorro, a diferencia del primero, no paraba de moverse y de gimotear inquieto. Mamá osa lo lamió también e intentó acercárselo para amamantarlo, pero el pequeño no paraba de moverse de un lado a otro, ansioso por descubrir el mundo, aunque el frío intenso pronto lo obligó a refugiarse entre el grueso pelaje de su madre. El cachorro empezó a succionar con avidez y a dar alguna patada involuntaria de vez en cuando a su hermanito. Suuri, a su lado, soportaba los golpes tranquilo e indiferente.

Cuando los dos oseznos se durmieron, Koti pudo finalmente relajarse. Quedaba mucho invierno por delante: pasarían meses antes de poder salir de la cueva.

Sintió cómo los párpados se le cerraban pesados y se abandonó al sueño, estrechando contra sí a los pequeños con sus poderosas patas.

La nieve volvió a caer lentamente.

Era hora de volver al letargo.

A pocos pasos de la cueva, dos botas dejaron un surco profundo en la nieve. En medio de un remolino de nieve y hielo, un hombre con un abrigo negro merodeaba sigiloso entre los árboles.

El viento le cortaba las mejillas.

Entre sus manos estrechaba unos lazos de acero.

Capítulo 2

Cuatro meses después.

K arhu entornó los ojos. La silueta de Suuri, sentado en la entrada de la cueva, dibujaba una sombra sobre la pared de roca. El cachorro bostezó largamente, se desperezó y se acercó trotando a su hermanito, que miraba hacia fuera con aire pensativo.

Frente a ellos, el encanto de la primavera: una alfombra de hojas, largas columnas plateadas y un techo de brotes abriéndose acariciados por la cálida brisa de finales de mayo. Más allá, floridos prados salpicaban el bosque, coronados por enjambres de insectos bailarines, y sobre todos ellos el halo dorado del sol, peinado por el viento. A lo lejos, el dulce murmullo del Scerto, que corría cristalino desde la Camosciara hasta encontrarse con el río Sangro y desembocar en el lago de Barrea.

Allí, a orillas del lago, se reflejaba el apacible pueblo de Villetta.

Un crujido de arbustos sobresaltó a los cachorros. Los dos asomaron sus hocicos al exterior: mamá Koti estaba de vuelta. Pero esta vez no entró para amamantarlos como había hecho las semanas anteriores, justo después del letargo. De hecho, ni tan siquiera entró.

Se paró a pocos pasos de la entrada, los llamó con un profundo gruñido y se dirigió impasible hacia el riachuelo. Pero Karhu y Suuri no se movieron, no sabían muy bien lo que tenían que hacer. Un segundo gruñido, un tercero. Finalmente, al cuarto, el más imperioso, los cachorros abandonaron el refugio y siguieron al trote la poderosa figura de su madre entre cautos y curiosos por descubrir qué había ahí fuera.

Al llegar al riachuelo, Koti eligió el mejor punto para cruzar al otro lado. El río era poco profundo allí, solo había unos pocos centímetros de agua, pero los pequeños parecían reticentes. Suuri se detuvo a observar las hojas que arrastraba la corriente, con su mirada profunda y reflexiva. Karhu, en cambio, se tiró de cabeza sobre el primer tronquito que vio a merced de las olas y se hundió hasta las orejas.

Lanzó un chillido agudo: ¡socorro!

Mamá osa lo agarró con la boca y lo transportó hacia la otra orilla. Luego volvió sobre sus pasos y cogió delicadamente a Suuri, que consiguió no mojarse ni un pelo. Cuando los cachorros volvieron a estar juntos, Karhu, con el pelaje empapado, parecía la mitad de grande que su hermano.

La madre se sacudió el agua de encima, seguida de Karhu,

que la imitó y obsequió a Suuri con una buena ducha helada. La madre los observó enternecida. ¡Qué diferentes eran! El largo letargo los había protegido y resguardado, hasta entonces. Ahora era el momento de abrirse al mundo.

Detrás del río, el bosque. Y un claro.

Koti olfateó el aire. Siguió haciéndolo durante un buen rato, sondeándolo todo con el hocico hacia arriba. Luego avanzó por la hierba y llamó a sus pequeños: vía libre.

Los dos hermanos comenzaron a jugar y a perseguirse por un prado por primera vez. Qué maravilla revolcarse, sentir la hierba mullida bajo el pelaje, respirar profundamente aquel aire puro, impregnado de perfumes desconocidos. Y luego mirar hacia arriba, hacia ese extraño techo azul repleto de suaves formas blancas, sosegadas, sigilosas.

Koti empezó a atiborrarse de esparceta y alfalfa. Quizá también encontraría lirios... con su sabroso bulbo subterráneo.

Karhu se le acercó intrigado. Olfateó una mata de alfalfa, se la llevó a la boca y empezó a masticar, observando los gestos de su madre para hacerlo igual que ella. Aquello tenía un sabor extraño, muy distinto al de la leche. Koti arrancó con las garras una planta de ajo coronado y Karhu se acercó a olfatearla, pero enseguida sacudió la cabeza y estornudó, irritado por el olor penetrante. Mejor quedarse con la leche... Volvió a las peleas con Suuri.

A unos 100 metros de distancia, un dedo índice hizo girar la ruedecilla de enfoque: ahora la imagen de la osa y sus dos cachorros aparecía nítida en los prismáticos.

Tumbado boca abajo sobre la hierba, en el límite opuesto del claro, Sandro observaba sin ser visto a la familia de osos. Llevaba dos horas allí. Su posición no era precisamente cómoda, pero tras veinte años de largas vigilancias empezaba a estar bastante curtido.

—¡Mira a quién tenemos ahí! —dijo sorprendido al ver a Koti salir al descubierto—. La hembra de la Camosciara con dos recién nacidos.

No estaba allí por ella. Estaba allí por Vagabundo, un macho que solía cruzar el claro en busca de tubérculos. Sandro había seguido sus idas y venidas por el valle durante más de quince años: para él era ya como un viejo amigo. Pero estaba encantado de poder observar a esa hembra. ¡Y a sus crías... tan torpes y divertidas!

Sandro suspiró. El oso pardo marsicano. Una especie desaparecida del resto de Italia desde hacía siglos, y que solo había sobrevivido ahí, como un huésped secreto custodiado por esas majestuosas montañas.

El nacimiento de crías era la única esperanza real para su futuro.

Sandro sintió un soplo de brisa en el rostro y cerró los ojos. Estaba a sotavento, la osa no habría percibido su olor.

Cuando en el bosque cae una aguja de pino, el águila la ve, el ciervo la oye y el oso la huele.

Apartó los ojos de los prismáticos para secarse el sudor de la frente. Y en ese momento, con el rabillo del ojo, lo vio.

Se movía por los límites del claro, a su derecha. Una silueta oscura a la sombra de las hayas.

Sandro orientó lentamente los prismáticos en aquella dirección. Y se quedó petrificado.

Un lobo aguardaba vigilante al lado de un árbol, con la mirada clavada en los osos. Como si fuera a cámara lenta, el animal se agazapó, preparándose para atacar. Pero en lugar de salir corriendo empezó a arrastrarse lentamente, una pata detrás de otra, hacia el centro del claro.

Sandro bajó los prismáticos. A simple vista, de lejos, el lobo parecía un simple tronco gris en medio de la hierba. Se movía tan lentamente que solo un ojo experto habría podido detectarlo.

Koti estaba ocupada levantando grandes piedras en busca de hormigas y larvas de insectos. Estaba de espaldas a los cachorros, que jugaban a perseguirse entre la hierba, ajenos al peligro que los acechaba.

—Levanta la cabeza, mamá —susurró Sandro apretando los dientes—. Levanta la cabeza.

Sandro era guarda forestal y su trabajo consistía en «vigilar y custodiar sin intervenir en los procesos naturales», como afirmaba una frase del manual que se entregaba a los agentes del parque. Tragó saliva y permaneció inmóvil, en silencio.

El lobo ya estaba a unos 10 metros de las crías. Nueve, ocho.

No podría ganar a un oso adulto, pero era obvio que esperaba capturar a uno de los cachorros y escapar.

Sandro extendió un brazo con mucho cuidado, cogió una ramita seca y la partió. Alarmada, Koti levantó la cabeza. Vio al lobo, pero ya era tarde. La bestia se abalanzó sobre el pequeño Suuri.

El cachorro, aterrorizado, perdió el equilibrio y se cayó de espaldas. Las fauces del lobo arremetieron contra su oreja y se la arrancaron de cuajo. Suuri bramó de dolor.

El lobo intentó morderlo de nuevo, pero algo lo impidió.

Koti se le echó encima y de un zarpazo lo hizo volar por los aires. Al impactar contra el suelo la bestia gimió, pero rápidamente se levantó y huyó con el rabo entre las piernas, perseguida por la osa enfurecida.

Suuri y Karhu se tumbaron en la hierba, temblando, buscando el contacto el uno contra el otro.

Sandro suspiró aliviado. Aunque no debería haberlo hecho.

Todo sucedió muy rápido. Hojas en movimiento, un destello gris, y un salto sobre los cachorros.

Un segundo lobo, compinchado con el anterior, había permanecido escondido esperando el momento propicio. Y en un abrir y cerrar de ojos se abalanzó sobre los cachorros, que lanzaron un grito desesperado. Koti interrumpió la persecución y se volvió sorprendida, justo a tiempo de ver cómo el segundo lobo agarraba a Karhu por el cuello y se lo llevaba.

Sandro no pudo contenerse y se levantó. El lobo, con el cachorro entre sus fauces, se dirigía hacia él, aunque el animal estaba demasiado concentrado vigilando a la osa para percibir la presencia del hombre. El guarda forestal gritó y agitó los brazos enérgicamente. El lobo, a pocos pasos de él, se asustó y del sobresalto se hizo a un lado y perdió el control sobre el pequeño. Karhu se cayó y rodó por la hierba hasta los pies de Sandro, mientras el lobo se perdía en el bosque.

Los ojos del cachorro, atemorizados, se clavaron en el guar-

da. Sandro se inclinó y examinó al osezno. Parecía sano y salvo. Luego levantó la mirada.

La osa lo estaba observando, rugiendo y resoplando. Su furia helaba la sangre. Instintivamente, Sandro buscó con una mano el arma reglamentaria. La desenfundó y miró al cachorro de nuevo: Karhu volvía a estar sobre las cuatro patas, tambaleándose.

Koti estaba ya a pocos metros. No, no podía disparar. Con la punta de la bota, Sandro hizo rodar al osezno en dirección a su madre. Esta se detuvo y le lanzó un rugido tan potente como para hacer temblar la espesura que asomaba sobre la cabeza del guarda forestal. El cachorro corrió a refugiarse entre las patas de su madre, asustado pero a salvo.

Madre e hijo se alejaron y se reunieron con Suuri. Luego, los tres, se internaron de nuevo en el bosque.

Antes de desaparecer entre los árboles, Koti se volvió hacia Sandro, que se había quedado de una pieza, petrificado por el miedo, con la mano temblando y agarrando el arma. El corazón le martilleaba con fuerza, se había quedado sin aliento. La osa soltó un bufido, sacudiendo la cabeza de un lado a otro, y buscó protección entre las hayas.

El guarda forestal se dejó caer hacia atrás, exhausto por la emoción.

Se tumbó en la hierba y cerró los ojos.

Tantos años de servicio en el parque y nunca había vivido algo parecido.

Capítulo 3

Cuarenta años, de complexión delgada, Sandro tenía las piernas robustas y las manos callosas de un leñador. El pelo, castaño, lo tenía grueso como el de un oso y la piel de la cara, curtida por tantas caminatas bajo el sol, cubierta por una barba descuidada. Entre las cejas, un pequeño surco le confería una expresión más bien austera.

Al entrar en casa, el guarda se encontró a su mujer embardunada de papilla de pera, mientras el pequeño Luca desparramaba la comida por la mesa, más feliz que una perdiz. Su primera comida.

—Dos cucharadas a la boca, y mira el resto —suspiró Lucia, desconsolada.

Sandro reprimió una carcajada.

—¿Cómo ha ido la guardia de esta mañana? —preguntó Lucia.

—Bien. Esperaba ver a Vagabundo, pero en lugar de verlo a él he visto a una hembra. La que está en la cueva en Camosciara. Con dos cachorros.

—¡Qué bien! Espero que los suyos sean menos revoltosos para comer. ¿Los has podido ver de cerca?

—Pues sí, bastante —respondió Sandro, mientras se lavaba las manos.

—Ah, Cesidio te andaba buscando. Me ha dicho que tenías la radio y el móvil apagados.

—Para no molestar a los osos.

—Dice que el director quiere reunirse con los guardas forestales después del turno. Quizá haya pasado algo, no sé. Sea como sea, Cesidio te espera a las tres delante del Casone.

Cesidio Ursitti. Compañero de patrulla de Sandro desde hacía quince años. Un tipo peculiar, de aspecto divertido y maneras originales. Lucía un pelo grueso y plateado, a pesar de tener la misma edad que su amigo. Delgado como un palillo, con los hombros ligeramente caídos, tenía dientes de conejo y orejas de soplillo, siempre bien ocultas bajo el pelo despeinado. Algunos lo consideraban un tipo extravagante. Otros, un excéntrico.

A Sandro, en cambio, le caía bien. Siempre lo hacía reír y era una de las pocas personas de las que se fiaba ciegamente.

El Casone Antonucci era un caserón de piedra, fuerte y robusto como un hombre de montaña. Albergaba a los voluntarios del Parque Nacional de los Abruzos y tenía vistas al espléndido circo natural de la Camosciara, dejando a sus espaldas

la reserva integral de Feudo Intramonti, donde nadie, excepto guardas forestales e investigadores autorizados, podía entrar.

En cuanto vio a su compañero, Cesidio guardó en el bolsillo el cigarrillo que estaba a punto de encenderse.

—Santelli ha convocado a todos los guardas forestales a las tres.

—Lucia me lo ha dicho —asintió Sandro—. Puede que sea por el animal muerto.

El todoterreno abandonó el aparcamiento del Casone con un gran estruendo y dejando atrás una nube de humo negro.

La sede del parque se encontraba en Pescasseroli, un pueblo a unos 20 kilómetros al oeste de Villetta Barrea. Albergaba las oficinas y los laboratorios de investigación. La sala de reuniones estaba ubicada en el segundo piso.

Cuando Sandro y Cesidio llegaron, los otros dieciocho guardas forestales ya estaban allí esperando.

El director se los quedó mirando un instante, luego se aclaró la garganta y dijo:

—Bien —y alisándose la espesa barba blanca enseguida añadió—: Bueno, no tan bien. Como algunos de vosotros ya sabréis, ayer una patrulla encontró un corzo capturado a lazo en Val Fondillo. Se ha localizado otro lazo en Camosciara. —Tosió—. Esperaba haber terminado ya con los furtivos, pero es evidente que siempre hay algún idiota suelto.

El director repartió algunas fotos. Imágenes de los animales muertos y detalles de la trampa que se había usado. Imágenes impactantes.

—Como veis, nuestro amigo ha utilizado lazos de acero y los ha situado con un nudo corredizo en un paso obligado.

—¿Había invitaciones? —preguntó un guarda forestal, levantando una ceja.

El director negó con la cabeza.

—No.

A veces, para facilitar la captura de las presas, los furtivos colocaban ramas a lo largo del recorrido, como «invitando» a los animales a pasar por un punto concreto donde la trampa aguardaba ávida de capturas. Una vez atrapado en el lazo por el cuello o por una pata, el animal estaba acabado: cuanto más luchaba por liberarse, más se apretaba el cable en una trampa mortal. Invitaciones a caer en la encerrona, a sufrir, a morir.

—Ni invitaciones, ni ramas. Los lazos se encontraron a lo largo de una pista frecuentada por los animales.

Sandro y Cesidio intercambiaron una mirada.

—Está claro que nuestro amigo es un experto —observó el director—. Conoce el territorio. Y diría que lo conoce bien. Esto nos complica el trabajo, naturalmente.

Hizo una pausa mientras los últimos guardas, en el fondo de la sala, comentaban las fotografías llenos de rabia e indignación. Hacían falta años para proteger la vida del parque, y solo unos segundos para arrebatársela.

—El lazo que se encontró en Camosciara es para animales grandes —continuó el director—. El diámetro mide casi medio metro.

Sandro apretó los puños. Medio metro. Sabía muy bien lo que eso podía significar.

Y el director dio voz a sus pensamientos:

—La cabeza de un oso pasaría perfectamente por ahí.

Un murmullo de desconcierto recorrió la sala. El director perdió su habitual compostura y dio un puñetazo sobre la mesa, en un arranque de rabia.

—¡No podemos perder más ejemplares! A este criminal hay que detenerlo cueste lo que cueste. El lazo lo ha desarmado esta mañana la patrulla de Opi —explicó—, pero he ordenado que lo dejaran ahí. Esta noche el cazador furtivo volverá para controlar como está, pensará que la presa ha escapado y rearmará la trampa. ¡Di Ianni, Ursitti!

Sandro y Cesidio se estremecieron.

—Vosotros dos tenderéis una emboscada. Pero esperad a que se acerque y ponga las manos en el lazo. Tenéis que cogerlo con las manos en la masa, de lo contrario dirá que pasaba por ahí para dar su paseo nocturno y, como mucho, le caerá una multa. ¡Que no se os escape!

El director Orazio Santelli era un guerrero. Para Sandro, y también para los otros. Su guerra era la única guerra justa que existía: la que luchaba por la vida. Director del Parque Nacional desde hacía más de diez años, siempre había sido un acérrimo defensor de los bosques y sus habitantes. Sus enemigos: cazadores, furtivos y también lugareños que buscaban ejemplares para guisar un día concreto en nombre de una supuesta tradición local. Cuando la supervivencia de especies rarísimas estaba en juego, no se podía permitir consagrarla en un plato. La excusa del folclore ya no le servía. Lobos, osos, gamuzas. Estaban a un paso de la extinción. Y eran preciosos.

—Y yo que esta noche quería ir al Enebro y divertirme un rato jugando a la brisca —masculló Cesidio al salir de la oficina de Santelli.

—Ya nos divertiremos más tarde, cuando salgamos a celebrar la captura —comentó Sandro—. Abrígate —añadió—. Parece que esta noche va a soplar la tramontana.